

Reconciliación y Esperanza (Cap 9)

Todos en el planeta son hijos de Dios o hijos del diablo. No hay término medio. Muchos pueden pensar que son personas bastante buenas. Yo solía pensar eso de mí mismo cuando era ateo. Despreciaba a los cristianos como hipócritas, aunque no conocía muy bien a ningún cristiano. Era bastante ignorante de la Biblia y de las cosas religiosas en general. Antes de llegar a la fe en Dios, en la Biblia como la palabra de Dios, y en Jesucristo como mi Salvador, yo era lo que Pablo llama «el hombre natural» (1 Corintios 2:14), es decir, desprovisto de cualquier interés espiritual y evaluando la vida meramente a través del prisma de mis cinco sentidos. Más específicamente, yo era un pecador como todos los demás en el planeta (Romanos 3:23). Pablo presenta una descripción cruda y honesta de nuestra condición humana:

- > «No hay justo, ni aun uno;
- > No hay quien entienda;
- > No hay quien busque a Dios...
- >
- > «Sepulcro abierto es su garganta;
- > «Veneno de áspides hay debajo de sus labios»
- > «No hay temor de Dios delante de sus ojos» (Romanos

En Romanos describe nuestra difícil situación con términos cada vez más negativos. Somos "sin fuerza", "impíos", "pecadores", incluso "enemigos". Asombrosamente, a pesar de nuestra condición pecaminosa y desesperada, e incluso debido a ella, Cristo murió por nosotros porque Dios nos ama y «no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Pedro 3:9).

Pablo lo describe a los Colosenses de esta manera: «Y a vosotros, que en otro tiempo erais extraños y enemigos en vuestra mente por vuestras malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos, sin mancha e irreprochables delante de él» (Colosenses 1:21, 22). La muerte de Cristo logra para nosotros lo que ninguna otra cosa podría: la reconciliación con el cielo a través de la gracia perdonadora de Dios, que se convierte en una realidad para nosotros a medida que la aceptamos humildemente. Esta reconciliación es mucho más profunda y trascendente que la de un esposo y una esposa separados (cf. 1 Corintios 7:11), porque ocurre en un plano espiritual y tiene implicaciones eternas de proporciones cósmicas.¹

¿Qué significa la reconciliación con el cielo? Primero, significa que hemos sido perdonados y la justicia de Cristo nos ha sido imputada: «Pues Dios hizo que Cristo, quien nunca pecó, fuera la ofrenda por nuestro pecado, para que nosotros pudiéramos a través de Cristo llegar a la relación correcta con Dios» (2 Corintios 5:21, NLT). Estar "hechos justos" significa el perdón de «los pecados que fueron cometidos anteriormente» (Romanos 3:25) «para que la justicia de Dios fuera producida en nosotros» (2 Corintios 5:21, ISV) a través del don del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (Romanos 5:5). Elena G. de White lo describe así:

Si te entregas a Él [Cristo], y le aceptas como tu Salvador, entonces, por pecaminosa que haya sido tu vida, por causa de Él eres contado por justo. El carácter de Cristo ocupa el lugar de tu carácter, y eres aceptado ante Dios como si no hubieras pecado. Más que esto, Cristo cambia el corazón. Él mora en tu corazón por la fe.²

El propósito de esta obra de reconciliación es «presentaros santos, sin mancha e irreprochables delante de él» (Colosenses 1:22). La palabra griega traducida como "presentar" es *paristēmi*, que aquí y en un par de otros lugares "tiene el sentido de hacer, crear, presentar".³ No son nuestras obras las que nos salvan, sino la obra de Cristo por nosotros y en nosotros, «la esperanza de gloria» (Colosenses 1:27). Cuando esto se convierte en nuestra experiencia, estamos listos para el cielo porque tenemos el cielo en nuestros corazones. Entonces no tendremos que preocuparnos por el desarrollo de nuestro carácter,

porque nuestro enfoque estará en nuestra unión diaria con Cristo. El resto seguirá porque amamos a Cristo y anhelamos ser cada vez más como Él. Observad la poderosa seguridad que el cielo nos ha dado: "Si estás bien con Dios hoy, estás listo si Cristo viene hoy."⁴ Más maravilloso aún, puesto que tenemos el don y la seguridad que fluye de estar reconciliados con el cielo, podemos invitar a otros a recibir el mismo don: «Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios» (2 Corintios 5:20).

Pero, como hemos mencionado, esta obra de reconciliación tiene una dimensión cósmica. Es el propósito de Dios a través de Cristo «reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos» (Colosenses 1:20). En última instancia, todas las cosas en la tierra serán restauradas a su perfección prístina para cumplir el propósito que Dios tenía en mente desde el principio. Tendrá lugar cuando Dios recree la tierra con su palabra todopoderosa, diciendo: «He aquí, yo hago nuevas todas las cosas» (Apocalipsis 21:5) y luego proclama: «¡Hecho está!» para marcar la conclusión exitosa del gran conflicto (Apocalipsis 21:6).

Pablo usa una palabra especial para describir nuestra unión con el cielo: *apokatallassō*, que significa "reconciliación". Aparentemente acuñada por el propio Pablo, aparece por primera vez en la literatura griega en Colosenses (1:20, 22) y Efesios (2:16), describiendo la reconciliación de Cristo de

judíos y gentiles con Dios. La forma gramatical de la palabra indica que se vislumbra una reconciliación total y completa, porque el pecado nunca más surgirá. Habiendo experimentado el dolor de la separación de Dios y del cielo y habiendo revisado los juicios de Dios durante el milenio (Apocalipsis 20:4), los redimidos, con todo el universo, estarán suficientemente inmunizados contra el mal como para nunca quererlo de vuelta. En cambio, nos deleitaremos en las maravillas de la creación de Dios y anticiparemos ansiosamente las infinitas posibilidades que Cristo ha abierto para nosotros, donde "las empresas más grandiosas pueden llevarse a cabo, las aspiraciones más elevadas alcanzarse, las ambiciones más altas realizarse; y aun así surgirán nuevas alturas que superar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que estimular las facultades de la mente, el alma y el cuerpo."⁵

Sin embargo, Pablo también insta a que, para estar seguros de nuestra salvación, es vital que «continuéis en la fe, cimentados y firmes, y sin apartaros de la esperanza del evangelio» (Colosenses 1:23). Continuar o persistir en la fe se enfatiza a lo largo del Nuevo Testamento. Jesús habló de la palabra de Dios que cayó en buena tierra, simbolizando a aquellos «que, oyendo la palabra, la retienen en corazón bueno y recto, y dan fruto con perseverancia» (Lucas 8:15, NET). Pablo habla de «aquellos que por la paciencia en hacer el bien buscan gloria, honor e inmortalidad» (Romanos 2:7). Con frecuencia nos anima a tener perseverancia (Romanos 5:3; 8:25; 15:4, 5, etc.), incluso «la constancia de Cristo» (2 Tesalonicenses 3:5, NASB). «Tenemos necesidad de paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa», y se nos insta a «corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante» (Hebreos 10:36; 12:1; cf. 2 Pedro 1:10).

Esto requiere una fe perseverante, la clase que tienen los santos en Apocalipsis 14:12, «los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús». Por eso se nos insta con frecuencia a «retener» la Palabra de Dios (1 Corintios 15:2; cf. Filipenses 2:16; Tito 1:9), a «nuestra confianza» (Hebreos 3 ESV), y a lo que tenemos hasta que Jesús venga (Apocalipsis 2:25; cf. 3:11). El diablo nos instará a dudar de la Palabra de Dios; intentará destrozarnos nuestra confianza y quitarnos nuestra experiencia cristiana. Por eso se nos advierte del tiempo en que el cielo y la tierra serán sacudidos «para que permanezcan las cosas inmovibles» (Hebreos 12:27). Notad las dos maneras en que Elena G. de White indica que podemos ser preservados durante este tiempo peligroso:

No olvidemos que todo lo que puede ser sacudido, lo será. El enemigo tendrá éxito en derribar la fe de algunos, pero aquellos que son fieles a los principios no serán sacudidos.⁶

Surgirán falsos profetas y engañarán a muchos. Todo lo que puede ser sacudido, lo será. ¿No corresponde entonces a todos entender las razones de nuestra fe? En lugar de tantos sermones, debería haber una búsqueda más profunda de la Palabra de Dios, abriendo las Escrituras texto por

texto, y buscando las fuertes evidencias que sostienen las doctrinas fundamentales que nos han traído donde ahora estamos, sobre la plataforma de la verdad eterna.⁷

Permanecer fieles a los principios y comprender cuánta evidencia hay para lo que creemos nos permitirá mantenernos firmes cuando la fe de otros esté siendo sacudida. Y la mejor manera de saber lo que creemos es compartirlo.⁸ A veces no nos damos cuenta de lo poco que sabemos hasta que intentamos enseñarlo a otros. En este sentido, la siguiente advertencia es pertinente:

Se me ha mostrado que muchos que profesan tener conocimiento de la verdad presente no saben lo que creen. No entienden las evidencias de su fe... Y hay muchos en la iglesia que dan por sentado que entienden lo que creen; pero, hasta que surge la controversia, no conocen su propia debilidad. Cuando son separados de aquellos de la misma fe y obligados a defenderse solos para explicar su creencia, se sorprenderán al ver cuán confusas son sus ideas de lo que habían aceptado como verdad.⁹

Por eso necesitamos diariamente «crecer en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pedro 3:18). También por eso Pablo dice: «A Él anunciamos, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre con toda sabiduría, para presentar a todo hombre perfecto en Cristo» (Colosenses 1:28, ESV). Crecemos hacia la madurez cristiana orando, permaneciendo fieles a los principios, estudiando la Palabra de Dios y compartiéndola con otros. Entonces podremos enfrentar el futuro con confianza y esperar con esperanza el maravilloso futuro que nos espera.

¹ El sustantivo griego *katallagé* (usado en Romanos 5:11; 11:15; 2 Corintios 5:18, 19) y el verbo correspondiente *katallassō* (usado en Romanos 5:10 [dos veces]; 1 Corintios 7:11; 2 Corintios 5:18-20) se refieren a una reconciliación legal de cuentas. En estos versículos se refiere a la obra de Dios de salvarnos al imputar los pecados del mundo a Jesús, quien llevó su castigo para que no nos fueran contados a nosotros, siempre que aceptemos el sacrificio expiatorio de Jesús como nuestro, lo cual ocurre cuando confesamos y abandonamos nuestros pecados, recibimos perdón y limpieza, y nacemos de nuevo por el Espíritu Santo.

² Elena G. de White, *Pasos a Cristo* (Washington, DC: Review and Herald, 1956), 62.

³ Alexander Sand, *paristēmi, paristanō*,» en *Exegetical Dictionary of the New Testament*, ed. Horst Balz y Gerhard Schneider (Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans, 1990), 3:41. Véase también Frederick W. Danker, Walter Bauer, William F. Arndt y E. Wilbur Gingrich, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Christian Literature*, 3ra ed. (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 778, que lo traduce "hacer, rendir" y cita Efesios 5:27, 2 Timoteo 2:15 y Colosenses 1:28.

⁴ Ellen G. White, *En los lugares celestiales* (Washington, DC: Review and Herald, 1967), 227.

⁵ Ellen G. White, *El Gran Conflicto* (Mountain View, CA: Pacific Press, 1950), 677.

⁶ Ellen G. White, *Bosquejos de la vida de Elena G. de White* (Mountain View, CA: Pacific Press, 1915), 92, 93.

⁷ Ellen G. White, *Evangelismo* (Washington, DC: Review and Herald, 1946), 363, 364.

⁸ Un excelente recurso para compartir con miembros nuevos y potenciales de la iglesia es el *Manual de discipulado: Un recurso para los miembros de la Iglesia Adventista del Séptimo Día* (Silver Spring, MD: Review and Herald, 2015), también disponible en la aplicación del departamento de Escuela Sabática y Ministerios Personales de la Conferencia General.

⁹ Ellen G. White, *Testimonios para la iglesia* (Mountain View, CA: Pacific Press, 1948), 5:707.